

NOTAS DE CINE

FALTA SELECCIÓN ARTÍSTICA EN EL CINE

La intensa producción cinematográfica de hoy día, una de las mayores industrias del mundo actual, que ofrece tan bellas posibilidades de realización artística, vemos que, en la gran mayoría de los casos se orienta más bien a servir los intereses comerciales que no los de un verdadero arte. Al menos, ésta es la impresión que deja el balance de las películas exhibidas en nuestro país. En la lista de centenares de films que hemos visto desarrollarse desde años atrás en los diversos teatros, apenas podríamos recordar una docena que merezcan legítimamente el título de obras de arte, y en este escaso número, cosa curiosa, algunas han pasado desapercibidas del público por falta de una inteligente propaganda. Y en este capítulo de la propaganda es necesario detenerse: la estrepitosa «réclame» comercial que acompaña inevitablemente la producción de películas, ofusca y desorienta al público que, en muchas ocasiones, necesita ser guiado por la apreciación serena y esclarecida de un crítico. Sin ella, todos los valores cinematográficos se confunden, y el interés de la cultura se perjudica. Debería existir en nuestros periódicos una sección permanente de crítica cinematográfica que hasta ahora sólo ha aparecido de una manera esporádica. Así el público no se llevaría las muchas decepciones que hoy experimenta en el cine, y al mismo tiempo, se podría conseguir, mediante la campaña inteligente de los críticos, mejorar el material de films que se

traen a Chile, en la actualidad casi enteramente circunscrito al repertorio de las casas norteamericanas.

PELÍCULAS HISTÓRICAS

El auge del género histórico en la literatura actual, se ha extendido también al cine. Desgraciadamente la tendencia espectacular de este arte ha primado sobre la sutileza y la versación profunda que exige el tratamiento de los temas de este carácter. Así lo hemos comprobado en tres películas ofrecidas en el presente año: «Voltaire», «Enrique VIII» y «Cristina de Suecia». En estas tres obras la falta de respeto al carácter histórico de los personajes es igualmente notorio. En «Voltaire», el filósofo escéptico y demoledor se ha convertido en un iluminado entusiasta, una especie de tribuno de la plebe, que arriesga su situación y hasta su vida por convertirse en el paladín de una muchacha. Por muy buena que sea la caracterización de George Arliss, algo exagerada y simiesca en algunos momentos, no podemos excusar esta incompreensión absoluta de la figura célebre de Voltaire que denota el argumento de la película.

No es más afortunada en este sentido «Enrique VIII». Charles Laughton ha hecho una encarnación física admirable del monarca, hasta el punto que puede confundirse con el famoso retrato de Holbein. Pero en cambio, qué distante de la evocación histórica nos parece este rey y su corte de opereta, donde ni la decapitación de tres reinas cobra sentido trágico, ni emociona al espectador. Puro espectáculo, en el cual el barniz brillante

de los trajes y de la decoración no disimulan la falta de grandeza y comprensivo talento que se requiere para tratar un asunto semejante.

No nos extenderemos sobre la romántica intriga inventada gratuitamente a Cristina de Suecia, sin más razón histórica que la de dar oportunidad de lucimiento a una estrella cinematográfica como Greta Garbo.

LA REVELACIÓN DE UNA ACTRIZ CINEMATOGRAFICA

El éxito de Catharine Hepburn ha sido fulminante, y lo que es raro en el campo de la especulación cinesca, legítimamente merecido. Hemos tenido ocasión de admirarla este año en dos películas: «Su día de gloria» y «Hacia la altura». En la primera, el argumento que trata de una joven actriz aficionada, que, después de dolorosas experiencias logra imponer su talento y triunfar de la incompreensión de los empresarios, resulta una página vivida en la carrera de Catharine Hepburn, y por esta razón ella encarna el papel de una manera perfecta, haciendo de esta película una indiscutible creación de arte. Con justicia, en Estados Unidos, en un concurso reciente, han considerado esta obra como la mejor del año, dando el premio a la nueva y genial actriz. Es de lamentar que en la segunda de las películas mencionadas, «Hacia la altura», la intriga poco afortunada no dé margen a la artista a desplegar la intensidad concentrada y humana de su temperamento con tan impresionante belleza.

En la balanza mudable de la

gloria cinematográfica, Catharine Hepburn, según lo que hemos tenido ocasión de leer en las revistas norteamericanas, ocupa hoy el lugar más alto. Se la prefiere aún a Greta Garbo y a Marlene Dietrich, cuya supremacía hasta ahora se mantenía sin contrapeso. En las críticas que esto afirman, se hace ver la superioridad de la Hepburn para plasmar un carácter dramático que la posee por entero, hasta el punto de hacernos olvidar la personalidad del intérprete, puesta al servicio de la idea que encarna, a diferencia de Greta o de Marlene, que a través de sus múltiples interpretaciones son siempre ellas mismas, con su inconfundible personalidad y sus gestos peculiares, que dan, en conjunto, cierta monotonía a su trabajo artístico.

LOS DIBUJOS ANIMADOS EN COLORES

Uno de los más fecundos campos de experimentación artística en el cine actual lo constituyen los dibujos animados. Obra de pura creación del artista, en ellos la imagina-

ción puede desplegarse a su antojo, venciendo todas las trabas a que inevitablemente está sujeta la técnica fotográfica. Lo imprevisto es aquí la regla, y el espectador apenas puede seguir las múltiples transformaciones a que somete al mundo visible el capricho del dibujante. Hay que reconocer que los dibujantes norteamericanos han dado prueba, en este arte, de una habilidad genial.

El progreso de esta técnica ha marchado con rapidez creciente. Primero se adaptó a él el descubrimiento del cine sonoro, que contribuyó a intensificar la vida de este reino de siluetas gesticulantes. Ahora en el presente año, hemos visto surgir un nuevo perfeccionamiento, que da a estas creaciones un valor artístico definitivo: la aplicación del color. Si la técnica del color en el cine corriente ha sido hasta ahora un fracaso, en las películas de dibujos animados constituye un éxito. Y la razón es muy obvia: el cine fotográfico no podrá encontrar, hasta que se perfeccione definitivamente la fotografía en colores, el tono cromático exacto de los

objetos naturales que reproduce. En cambio, en una obra de pura creación como los dibujos animados, el color sólo necesita estar de acuerdo con la fantasía del artista.

Dos películas de este género hemos visto en Santiago que conceptuamos obras maestras: «La fiesta de Old King Cole», y «Silly Symphony». En la primera, vemos surgir, por arte de magia, de las páginas de grandes libros, todos los castillos, guerreros, hadas y brujas de las leyendas infantiles, al son de la música de las «nursery rymes», canciones populares de la infancia en Inglaterra. «Silly Symphony» nos muestra una fábrica gigantesca, donde Santa Clauss, ayudado por legiones de diligentes enanitos, fabrica los juguetes destinados a los niños en Pascua.

Es una visión hermosa, no lograda hasta ahora, el de este mundo de finas viñetas coloreadas con delicadeza, que se animan, actúan, hablan y cantan acompañadas por una música adaptada admirablemente a todas las peripecias del desarrollo fantástico.

H.